

“Camina”

Llevaba tiempo con ganas de hacer algo diferente. Algo que me sacase de la rutina y me ayudase a buscar mi camino. Así que decidí preparar una mochila con lo imprescindible, y emprender una aventura en solitario. Y qué mejor destino para esta primera experiencia en soledad que el Camino de Santiago.

Tenía solo unos días, así que decidí hacer unas cuantas etapas partiendo desde Logroño. Y allí me vi yo sola una mañana con el único objetivo de caminar.

Lo único que tenía claro en ese día era que debía de llegar a un pueblo llamado Nájera, donde tendría que buscar un lugar para dormir. Era toda una incógnita lo que me depararía el día. Llevaba un bocata, agua y mucha ilusión con esa aventura en la que no tenía nada planificado para los próximos días. Solo sabía los pueblos en los que pararía para dormir. Por lo demás, me dejaría sorprender por el Camino.

Tenía todo el día por delante para mí. Caminaba entre viñedos, y todo iba bien hasta que el cansancio se fue apoderando de mí. Además, estaba notando rozaduras en los pies, por lo que daba por hecho que se me estaba formando las temibles ampollas. El calor apretaba y a media mañana me quedé sin agua y sin comida, y las uvas que iba cogiendo de las vides ya no eran suficientes para animarme a andar.

Me dolían tanto los pies que cada paso que daba se convertía en una tortura. Iba decidiendo dónde plantar el pie para que sufriera lo menos posible entre tanta piedra del camino.

Se me venían a la cabeza muchos pensamientos, pero el más recurrente era: “en cuanto llegue al próximo pueblo cojo un autobús para Madrid”. No entendía qué se me había pasado por la cabeza para hacer esa estupidez de irme sola a caminar por unos lugares donde no se me había perdido nada. No tenía ningún sentido.

Tras muchos kilómetros bajo el sol, al fin vi un pueblo a lo lejos, demasiado lejos. Demasiados pasos quedaban por dar, pero al menos veía más cerca el final, y con ello mi vuelta a Madrid.

La entrada al pueblo se hacía por un puente que cruzaba un río, y con una arboleda, que en otra situación me habría parecido espectacular, pero ahora solo me veía un obstáculo para mi objetivo: quitarme las botas.

Crucé el puente, pasé por varias calles, sin saber adónde ir. Eran las cuatro de la tarde, y tampoco había nadie para preguntar. Así que dejé al destino que me llevase donde quisiese.

Afortunadamente a la vuelta de una esquina vi a un señor al que pude preguntar.

- Por favor, ¿me puede decir dónde está el albergue?
- ¿El albergue municipal? - me preguntó él.
- Sí, bueno, me da igual, cualquier albergue.- respondí
- Soy el hospitalero del albergue municipal, voy para allá, vente conmigo.- dijo.

Creo que la sonrisa que dibujó mi cara no podía ser más grande. Era mi salvador. Por fin iba a descansar y me iba a poder quitar las botas.

Me llevó hasta el albergue, que por suerte estaba cerca, y me ayudó a instalarme en una de las literas. Era la primera vez que veía un albergue de peregrinos. Era una habitación muy grande, que podía tener

cerca de 80 literas. Afortunadamente quedaba una libre que pude ocupar. Dejé la mochila y el hospitalero me ofreció algo para comer y beber. Me debió ver agotada.

Le dije lo mal que lo había pasado durante el día, y cómo había sufrido con mis pies. Y me recordó eso de “sin dolor no hay camino”, ahora lo entendía jeje.

Tras una ducha me recompuse y salí al jardín del albergue. Había muchas personas, de distintas nacionalidades, muchas en chanclas y con tiritas y vendas. Parecía que no era la única que había sufrido. Todos charlaban de forma amena y parecían ser amigos. Luego me enteré que no se conocían de nada, simplemente habían coincidido en ese lugar y compartían ese momento.

Al rato se acercó el hospitalero para preguntarme qué tal estaba, y al verme los pies, se ofreció a curarme las ampollas. Inmediatamente volvió con un barreño, unas toallas y unas gasas. Y allí mismo, se arrodilló y comenzó a limpiarme las heridas. Me quedé sorprendida y un poco apurada. No le conocía de nada, y de repente ahí estaba atendiéndome y cuidándome sin haberle pedido nada.

Le dije que no hacía falta, que ya me curaba yo. Pero él insistió y me dijo que para eso era hospitalero. Él estaba ahí de forma voluntaria, para ayudar a los peregrinos y atenderles para que su camino fuese lo más agradable posible. Me admiró tanta gratitud.

Cuando hubo terminado con mis pies se sentó a mi lado y comenzamos a hablar, me contó que llevaba muchos años siendo hospitalero. Iba todos los años, en los meses de verano para ayudar en el albergue, pero ese año era diferente. De pronto su cara cambió y una tristeza le invadió. Me contó que hacía tres meses que su mujer había fallecido. Llevaban 40 años juntos y ahora se sentía totalmente desolado. Había perdido a su compañera de viaje, lo había hecho todo con ella, y ahora no sabía qué hacer con su vida, tenía a sus hijas, a sus nietos, pero el sentido de su vida ya no lo encontraba. Por ello, ese año más que nunca necesitaba salir de su casa, y darse a los demás atendiéndoles en su camino.

Me contó cómo se habían conocido, y cómo poco a poco habían formado una familia. Todos los viajes que habían hecho junto, todos los momentos que compartieron. Unos buenos y otros no tan buenos. Pero siempre habían salido adelante los dos, como si fuesen uno. A medida que contaba todo esto una sonrisa fue apareciendo en su cara. Tenía tantos recuerdos y vivencias.....y a ellos se aferraba ahora que estaba solo.

Con los ojos vidriosos me pidió disculpas por haberme contado todo eso.

– Perdóname, soy yo el que debería estar atendiéndote, y parece que hemos cambiado los papeles y eres tú la que me estás ayudando. No debería estar contándote mis problemas.

Le dije que no debía pedirme disculpas, todo lo contrario. Si escuchándole, le había hecho sentirse mejor, entonces había valido la pena todo el camino que había hecho hasta allí. Es curioso, pero sentí que todo lo que había sufrido durante ese día, no importaba si había logrado que ese hombre sacase toda la pena que tenía dentro. Y sin hacer nada, solo escuchándole.

Hay veces que la vida te pone en situaciones que no entiendes, y al final todo tiene un por qué y encuentras el sentido.

Tras una larga conversación, me dijo que debía atender a otros peregrinos. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando. Nunca nadie se me había abierto en canal sin conocerle, pero por su cara, supe que se sentía mejor.

- Por cierto – me dijo. Mi nombre es Manolo, llevamos hablando un buen rato y ni siquiera nos hemos presentado. ¿cómo te llamas?
- Marga – le dije
- Margarita se llama mi amor – dijo. Margarita era ella....

Los dos nos miramos sorprendidos por la coincidencia de nuestros nombres. Fue un momento tan especial, que tuve claro que debía continuar el Camino. No se me volvió a pasar por la cabeza la idea de volver a Madrid. Quería continuar esa aventura y estaba segura de que me quedaban muchos momentos mágicos por vivir.

Tanto en el Camino como en la vida te esperan momentos, situaciones increíbles. Solo debes permitir que la vida te sorprenda. Por ello, continúa caminado...